

# El Eco de Cartagena

## Decano de la Prensa de la Provincia



Suscripción.—En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.—Número suelto, 0'05 cts.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. John F. Jones, 31 Faubourg Montmartre. La correspondencia al Administrador

Redacción y Administración, Mayor, 21

### Los cuerpos subalternos DE LA ARMADA

Por más que las corporaciones militares se hallen constituidas por hombres sujetos á una religión de honor, disciplina y sacrificio. Inesistente y, por tanto poco práctico resulta el mantenerlos en tensión incesante con la exigencia continua de la manifestación de esas virtudes, si no procuramos al mismo tiempo los estímulos y compensaciones, que les proporcionen la satisfacción interior necesaria para sobre llevar una vida excepcional y molesta, en relación con la del resto de la sociedad á que pertenecen.

Los militares no son autómatas, son hombres, con todas las necesidades de tales, obligados, además, dentro de la coactividad en que se mueven á observar conducta intachable y presentarse con decoro; tienen, por tanto, que estar retribuidos pecuniariamente y estimulados por sus ascensos, en medida proporcional y aquilatada, á fin de que no tengan que añadir, á las penalidades del cumplimiento de los rigurosos deberes de su profesión, los agobios de una vida de miseria que los incapacitaría para aquéllos.

En todas las naciones los gobernantes se preocupan hondamente de estas cuestiones, para el mantenimiento en eficacia de sus Institutos armados; sólo en las imprevisoras como en España y Turquía á nadie importa la suerte de los destinados á dar su vida por la Patria.

No hace muchos días nos ocupábamos de la situación precaria en que se hallan los Cuerpos patentes de la Armada por la escasa retribución que perciben, el descuento que sobre ésta recae, el desequilibrio que existe entre las edades y las categorías y la paralización.

Pues aún es más dolorosa la de los Cuerpos Subalternos de la Armada, que no por modestos dejan de tener en la Marina gran importancia para la eficiencia de sus servicios, en los cuales son indispensables como personal intermedio entre la oficialidad y las tripulaciones.

En estos Cuerpos se presentan agravadas las mismas deficiencias que en los patentados de la Marina, siendo aún mayor la paralización en sus escasas; y esa paralización sería más llevadera si no se les hubiera suprimido á esos abnegados servidores los «Premios» de constancia, á cambio de incluirles en la ley de retiros, al que tenían justísimo derecho de todos modos, y no hubo, por tanto, necesidad de compensar con la mezuquina supresión de esa ventaja, que la tienen esas clases en todas las Marinas bien organizadas.

No dudamos que el ministro de Marina, que se está preocupando de mejorar la situación del personal de los Cuerpos de la Armada, ha de tener en cuenta nuestras observaciones, inspiradas siempre en el perfeccionamiento de los servicios de la Armada para mayor eficacia de la defensa naval de la Patria.

Para El Eco de Cartagena

### Chascarrillos de mi tierra

#### Obediencia militar

Hace algunos años, en un viaje que hice á la provincia de Sevilla, conocí á D. Pablo Rodríguez de la Manga, Capitán del Regimiento de Luchana, un navarro muy franco, muy simpático, pero ordenancista de pura raza. Al morir un tío suyo que vivía en Tudela, donde había ejercido muchos años la profesión de médico, le dejó toda su hacienda, compuesta de fincas de campo y títulos de la Deuda, al bueno del médico y más tarde á su sobrino, una renta de tres mil duros anuales, que unida á su paga, permitían al capitán Rodríguez no aburrirse en este mundo y satisfacer la mayoría de sus caprichos.

Vivía feliz el biztayo militar, en tierra de Andalucía, con amigos excelentes, y según males lenguas con una suerte envidiable en todas sus aventuras amorosas, á las que era muy dado, pues no le habían producido escarmento ni cierto desaffo que le puso entre la vida y la muerte, ni un garrotazo que de un padre ofendido recibió una noche de verano en la Alameda del Perejil de Cádiz.

Rodríguez era persona de regular instrucción, que sabía de memoria las Odas de Horacio y las Egiptas de Virgilio, que daba las grandes, jaque-

cas á sus compañeros decamando «La esposa del abnegado» y «Traidor inconfiado y mártir» y que en varias ocasiones se permitía escribir sonetos y rimas, improvisando poéticos brindis en los banquetes y emborrondando á boma, postales y abanicos, si unos labios femeninos se lo suplicaban.

El capitán y yo hicimos pronto amistad y casi todas las tardes dábamos nuestro paseo por la Macarena, ó por Triana, asistiendo por la noche al Duque donde soportábamos el repertorio de la casa, ó á Cervantes, donde por aquel tiempo se despachaban á su gusto, el pobre Pedro Delgado, con sus dramas terroíficos que ponían los pelos de punta á los espectadores y hacían recordar sus mejores tiempos.

Tenía Rodríguez un asistente, y aquí entra el protagonista del cuento, que era andaluz, muy parlanchín y muy cerrado de mollera, pero no menos aventurero que su amo y gran urdidor de tramas amorosas. Había nacido en Utrera, ese pueblo célebre por su Virgen de la Consolación, por su cante flamenco y por sus tortas, que agotan los viajeros á quienes la Empresa de los Ferrocarriles Andaluces suele tener en aquella estación horas y horas, desesperados y ahogados.

Este asistente á quien conocíamos por Pepico el Chato, á causa de la grandaza olímpica de sus narices, tenía por su Capitán un cariño sin límites, que aquel agradecía y pagaba en igual moneda, y á veces en moneda contante y sonante.

Como el rico navarro no era de los que piensan que el dinero debe guardarse, antes por el contrario opinaba que lo da Dios para que luzca y se gaste, uno de los salideros de su bolsillo, con una abundancia que á veces pasaban á comer, por cierto una comida que más parecía procedente de la cocina de Lhardy, que no de los cocinamientos culinarios del hijo de Utrera, ayudado por una maritornes entrada en años, regañona y presuntuosa.

Inútil es decir que á estas comidas asistía yo frecuentemente y que el Capitán no me admitía pretextos, como no tuviera seguridad que tenía por base verdaderas razones y no excusas de convencionalismo ó de fórmula.

Cierta noche, después de haberse marchado todos los comensales, con no poca pereza, hija de una digestión penosa, quedamos en el comedor de la casa de Rodríguez. Éste y yo, casi ocultos en el fondo de las butacas, que respectivamente ocupábamos y

contemplando á falta de mejor que hacer, los espirales de humo de los Cabañas que fumábamos.

En esto atravesó el comedor Pepico el Chato, más diligente que una ardilla. Su amo, viéndole de su amodorramiento le llamó.

«¡A la orden mi Capitán!» exclamó el asistente.

«Tengo que hacerte una observación.»

«¡Tóitico soy oreja!» repuso Pepico cuadrándose frente á su amo.

«To sabes que me gusta irte enseñando lo que debes hacer, para que no resultes un ganoapiro.» Y al decir esto, me guiñó Rodríguez.

«Esa es la para, señarito ¡Pero he jecha alguna atrocidad?»

«Tanto como eso no. Más he notado que al servir la mesa, no guardas todas las reglas de cortesía que son precisas.»

«¿Está dirá.»

«Es necesario que cada vez que sirvas un plato, vuelvas luego y preguntas ¿Quiere V. repetir?»

«¿Y tú es más que eso?» exclamó el asistente, que con seguridad había tenido alguna regaña, de esas que eran hijas del mal humor del militar navarro.

«Nada más... por hoy.»

«Pus despidete, ojalá á la orden mi Capitán!»

Y el Chato utrereno se alejó más contento que unas pascuas, repitiendo: «¡Ay, ay, ay, ay, ay, ay!»

Pasaron ocho días y el Capitán deseando celebrar una cruz que por mérito de la campaña de Cuba le habían otorgado, convidó á comer á lo más florido del Regimiento. La comida, á guisa de extensión de la misión de Pepico el chato quedó reducida á servir los platos en unión del asistente del teniente Miratza.

Fue el banquete opiparato y alegre.

Se bebió Jerez de Mira y Rioja de la mejor marca Logroñera. A los postres se destaparon algunas botellas de Champagne y quedó vacía una caja de tabacos superiores. No faltaron brindis y hasta los hubo en verso, con harto dolor de las musas.

Llegó el instante de quedar solamente el Capitán, el asistente, que recogía el servicio de mesa y yo que me entretenía leyendo «El Noticiero Sagillano», Rodríguez llamó á Pepico y con cierto tono de recomendación le preguntó:

«¡Vamos á ver, chico! ¿Taya que

no te acordaste de lo que te dije el otro día?»

«¡Vaya si me acordé mi capitán! A cá plato iba de silla en silla, preguntando: ¿Quié está repetir? ¿Quié está repetir?»

«¿Y no repitió ninguno?» añadió Rodríguez sonriendo.

«Sí señor, el comandante González me dijo que quería repetir.»

«¿Y tú entonces...?»

«Pus le dije que no podía ser porque la sopa se había acabado.»

Narciso Diaz de Escobar.

EL ECO DE CARTAGENA se vende en Madrid en el kiosko de la calle de Alcalá, frente á la Presidencia del Consejo de Ministros.

### ROMANCE

No me mires que no busco la verdad en tus pupilas, ni sonrisas, que se quiere tus sonrisas.

Ojos vivos é incitantes que fulsteis en otros días tan silenciosos y dulces como una melancolía...

Rojos labios que tenéis ardores de llama viva encendidos en un fuego de pasión y de lascivia...

Ojos vivos é incitantes, sólo quedan en mi pecho las cenizas...

Y en los jardines oscuros y yertos del alma mía, ¡oh jardines silbantes del estío de mi vida!

languidecen tus recuerdos como flores ya marchitas. Vete, vete y no me mires, ni sonrisas...

no sonrisas que no quiere sólo quedan en mi pecho las cenizas.

Ojos vivos é incitantes, no os burliéis de mis culitas y herad mis amorosas ilusiones ya perdidas; ojos vivos é incitantes que fulsteis en otros días tan silenciosos y dulces como una melancolía.

M. Altoguerra Palma.

### Notas Alegres

### Actualidades

Se acordó arguñeja de que...

«Ni por un beso ni dos, ni tres, ni cuatro, ni ciento, la mujer no pierde nada y el hombre queda contento»

La ciencia ha matado la vieja copla, como está dando el traste con la poca poesía que el mundo queda.

Se ha averiguado que el hombre y la mujer pierden ó pueden perder, dando ó recibiendo un beso. La saliva contiene microbios; la boca, aún la mejor lavada, está llena de infusorios patógenos, y, al darnos besos, podemos comunicarnos el germen de una enfermedad.

«¡Guerra al beso!» claman los higienistas.

Y sin reparar que

«Un baiser c'est bien doucet chose, y que algunos se llegan á dar con tal intensidad que una vez en Cádiz repercutió:

«un beso dado en Cantón»

lo prescriben de todos los labios, y no quieren que los padres besen á sus hijos y las esposas á sus maridos y los novios á sus prometidas y viceversa.

En Alemania y en los Estados Unidos se están haciendo grandes campañas contra el beso, algunas felicitadas por solteronas feas, desechadas de no haberse escrito para ellas los versos de Shakespeare:

«Ha! ma chere ennemie, Si tu veux m'apaiser Redonne-moi la vie Par l'esprit d'un baiser. Hal! j'en sens la danger Couter jusques au coeur.»

Ayudan á esas solteronas algunos timoratos á quienes ¡as ha puesto los pelos de punta esas palabras del doctor Chrichton compatriota de Mister Roossevelt:

«Dos personas que se besan—dice el doctor Chrichton—corren el riesgo de comunicarse los gérmenes de muchas enfermedades, y por todo allí donde está establecida la costumbre de besarse hay grandes epidemias.»

ce el doctor Chrichton luego cierto, la humanidad, que se está besando desde Adán y Eva, hubiera ocurrido un número de dolencias y el número de epidemias, que con dificultad quedarían en todo el haz de la tierra media docena de personas para contactarlo.

Es natural que el beso no sea higiénico, y creo que alguna vez habrá sido causa de enfermedad; pero de eso á presentarlo como un peligro para la especie, media un buen trecho.

Pero terrible ó inofensivo el beso, ello es que se procura, desterrarlo de Alemania y los Estados Unidos; y que se ha pensado en extender por todo el mundo la propaganda contra la manifestación humana más expresiva,

—¡Maldita! —baluceó,— mientras un temblor convulsivo le agitó durante algunos segundos. Clara abrió la mano y se conde cayó inerte sobre la alfombra.

René se arrojó instintivamente sobre él.

—¡Detente! ¡Es inútil, está muerto!

—¡Muerto!

—Vengué á mi madre... ahora voy á vengar á mi padre... ¡Muertos él y yo, puedes vivir, hermano mío! ¡Olvídate á Zoe y acuérdate de Clara, que muere sin haber conocido otro amor que el amor fraternal, y flabandose en su frente la dulzura de tu último beso! ¡Que Dios te bendiga, hermano mío!

—¡Qué dices, Clara! ¡Desgraciada!

—¡Adiós, hermano!

Y cruzando las manos, cayó muerta al lado del cadáver de Luis René de Penhoel.

René lanzó un grito desgarrador y se arrojó á su lado.

En aquel instante se oyó un estrépito, y Gato mójado, seguido de algunos agentes de policía, se precipitó en el salón.

Al ver el cadáver del conde de Orsan, se arrojó sobre él.

—¡Llegué tarde! ¡Me han robado! —exclamó desesperado.